

Vocación y misión del intelectual católico

Por MONS. CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

Nota introductoria del autor. Cuando había terminado de redactar la primera versión de este ensayo, con mi nombre y fecha al pie, se borró “misteriosamente”, tanto de la pantalla visible, como de las copias de seguridad. Consulté con dos profesores de computación y uno vino a mi despacho para ayudarme a encontrar aquel texto en algunos de los rinconcillos del ciberespacio. Era un texto aceptable. Un poco largo (20 cuartillas), pero me había dejado complacido. Mi primera reacción ante el accidente fue echarme a reír, avisar a la Dirección de la revista lo que había sucedido y no escribir otro trabajo, pues tengo algunos pendientes, a mitad de redacción y los había dejado a un lado para poder redactar el texto en cuestión. Este me había ido entusiasmando progresivamente, al compás de la redacción. Esa tarde, ayer (27 de junio de 2008), no pude encontrar por teléfono a ninguno de los responsables de la revista. Reflexioné. Conclusión: el responsable de entregar el texto era yo, no la computadora. Por lo tanto, hoy, sábado 28, me vuelvo a sentar ante la computadora no para rehacer aquél, lo que me resultaría prácticamente imposible, sino para elaborar otro, con las mismas claves. Las conservo en mi disco duro personal. Además, pienso que si aquél ensayo se esfumó inexplicablemente, algo habría en su contenido que a nuestro Dios y Señor no le había agrado.

SENTIDO DE LOS TÉRMINOS

1. En el Diccionario de la Academia de la Lengua, que tengo ahora a mano, se define “**intelectual**” como “dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias y las letras”. En ese sentido trataré de utilizar la palabra, pero dejando sentado desde el inicio que las fronteras o contornos, a veces, se difuminan, y personas que no tienen como ocupación preferencial el cultivo de las ciencias y las letras, por sus ocupaciones colaterales pueden y deben ser consideradas “intelectuales”. Pienso en algunos políticos, actores, pintores, escultores, músicos, etc. Además, supongo que el autor de la definición no haya excluido a los filósofos y a los teólogos, intelectuales en

grado sumo, sea porque los considere científicos o porque los identifique con los letrados. En cualquier hipótesis, también consideraré “intelectual” –en el inicio, en el medio y al final de este texto– a todo aquél que cultive de manera eminente las realidades propias del intelecto o entendimiento y es socialmente identificado como tal, como intelectual. En un grado ínfimo, todos los seres humanos somos intelectuales, pues somos “racionales”, cultivamos la “razón” en mayor o menor grado, y con mayor o menor acierto.

2. “**Vocación**”, del latín *vocatio*, significa “llamada de alguien a alguien”. Se inscribe, pues, en el lenguaje referido a las relaciones interpersonales. En los textos propios de la Teología Espiritual, se utiliza casi exclusivamente como referencia a la “llamada de Dios” a la Fe, a un estado de vida (sacerdocio, vida religiosa, matrimonio, laicado –consagrado o no– comprometido con la evangelización en el “mundo”, etc.). En el lenguaje común se utiliza casi siempre con el sentido de “inclinación a una profesión” (vocación de médico, de arquitecto, de abogado, de escritor, etc.). Utilizaré la palabra en todos los sentidos habituales, con la confianza de que el contexto explicita en cuál. O sea, a qué llamada interpersonal me estoy refiriendo.

3. “**Misión**”, del latín *missio*, envío, significa “encargo, poder o facultad dados a una persona para que realice algún cometido”. En los textos de Teología Espiritual se utiliza preferentemente como el “mandato dado por Jesucristo a Su Iglesia como tal, y a sus miembros, personalmente considerados, de ser sus testigos y predicar el Evangelio en todos los rincones del tiempo y de la geografía”. En este sentido religioso, sobrenatural, utilizaré preferentemente el vocablo, sin excluir accidentalmente su significación natural.

4. Ontológicamente, la vocación precede a la misión. Porque somos llamados por Dios y hemos respondido positivamente, por eso somos enviados a testificar y predicar, o sea, a evangelizar. En la realidad, pudiere ocurrir que ambas realidades se asuman e interioricen casi simultáneamente. ¿No sería ésa, acaso, la situación de san Pablo? Cuando “reconoció”, en Jesús al Cristo, Él se convirtió en el centro y el fundamento de su vida: “Para mí, vivir es Cristo...No soy yo el que vive, es Cristo Quien vive en mí”. Simultáneamente –me parece– experimentó la necesidad de “conocer mejor” para

poder evangelizar, aunque él no fuese más que un hijo abortivo de la nueva realidad cristiana: “¡Ay de mí si no evangelizare!”

5. En este mismo número de la Revista aparecen al menos dos artículos y una entrevista referidos también a las responsabilidades del intelectual, en Cuba y en otras partes, en la actualidad o en algún segmento de nuestra historia. Privilegiaré, en mi reflexión, las consideraciones acerca del intelectual católico en la Cuba de hoy. O sea, la especificidad “católica”, pero resultaría algo sumamente pobre y de difícil intelección hacerlo de manera exclusiva, sin relación con las características comunes a todo intelectual y a su desempeño en otras zonas del mundo y en otras épocas. Incluiré, pues, algunas referencias relacionadoras con esas dimensiones más amplias, que considero útiles. No creo que sean un simple pleonasma hermenéutico, sino que iluminan las esencias.

ESTADO DE LA CUESTIÓN: UBICACIÓN DEL INTELLECTUAL CATÓLICO EN LA SOCIEDAD Y EN LA IGLESIA. ALGUNOS RASGOS DE LA FISONOMÍA DEL INTELLECTUAL CATÓLICO Y EJEMPLOS ILUSTRATIVOS, TOMADOS DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA, EN EL EXTRANJERO Y EN CUBA

6. En la sociedad, en cuanto intelectual, el intelectual católico es solidario, en el ser y el quehacer, de los intelectuales que no son católicos. Tiene o no el reconocimiento del pueblo como “intelectual”, en dependencia éste de su calidad y de las circunstancias que acompañen el ejercicio de su vocación. En la Iglesia, el intelectual es un miembro más de ella, Cuerpo Místico de Jesucristo el Señor, puede ser sacerdote, religioso o laico, hombre o mujer, que asume los contenidos de la Fe católica y de la Ética que se deriva de ella. Estos incluyen su lealtad para con la institución y, de manera muy especial, para con la autoridad eclesiástica y los datos aportados por el magisterio que ella ha desempeñado y desempeña, en armonía con los datos de la Revelación (Escritura y Tradición).

7. En el seno de la Iglesia, como en el de la sociedad, las personas sirven en una u otra dirección, de acuerdo con sus cualidades y con la realización efectiva de su vocación. Un intelectual católico sirve, a Dios, a Su Iglesia y al pueblo en el que se encarna, como un católico común que, sin embargo, por dedicarse de manera preferencial a las cuestiones propias del entendimiento, puede tener una cierta comprensión peculiarmente adecuada de las realidades a las que su intelecto se dirige. Dicho con una sola palabra, su servicio o ministerio se inscribe, quizás como el de ninguna otra persona, en la esfera del servicio –personal, social y eclesial– a la Verdad entera.

8. De manera espontánea o por encargo de la autoridad eclesiástica, puede tener conciencia de alguna peculiar misión en el ámbito del conocimiento, la comprensión, la orientación de la vida de la Iglesia o de la sociedad en la que ésta se hace presente, así como de

la expresión, lingüística o de otro medio de comunicación, de los contenidos de la Fe, en aras de la evangelización integral. En el caso de que proceda “de manera espontánea”, a partir de su conciencia, no por encargo de la autoridad eclesiástica, el intelectual católico sabe que, si es católico de veras, su saber y su proceder deben ir siempre en la línea de la comunión eclesial, tal y como la entiende la Iglesia Católica, jerárquicamente organizada por voluntad del Señor. Un católico que lo sea de veras, intelectual o no, sabe que los francotiradores y los asteroides erráticos, no participan totalmente de la comunión eclesial.



Beato padre Antonio
Rosmini Serbiati

9. La autoridad eclesiástica puede y, en ocasiones, debe pedir la colaboración de intelectuales católicos y también de los no católicos para enriquecer su conocimiento, comprensión y previsiones de evolución de alguna situación, antes de elaborar un texto magisterial y/o de tomar decisiones pastorales. Ahora bien, el discernimiento último y las decisiones dependen de la autoridad correspondiente. En principio, salvo quizás algunas situaciones muy excepcionales, es la autoridad eclesiástica quién debe discernir a qué intelectual, en su propio quehacer, se debe pedir la colaboración, y es también esa autoridad la que debe enviar al intelectual escogido para que se desempeñe en uno u otro campo en el que la autoridad estima que él tiene competencia. Y el intelectual maduro, como todo fiel católico que haya adquirido esa condición, no es un “niño malcriado” que se rebela y reacciona con gritos y pataletas, si no es llamado o no es enviado. Es suficientemente adulto en la Fe eclesial como para haber interiorizado el sentido correcto de la disciplina eclesiástica. La Iglesia no es un rebaño de carneros, pero tampoco es una multitud anárquica y dislocada. Es un rebaño –la imagen es del Señor Jesús–, una familia, una comunidad, de personas responsables.

9. El intelectual católico notorio, más que otros miembros de la Iglesia, puede padecer la tentación de

sobrevalorar sus facultades y, en consecuencia, de tener conciencia de responsabilidades que no tiene. Que no son suyas por voluntad del Señor sobre su Iglesia (cf. supr. n.8), no por autosuficiencia de los pastores. El intelectual católico sabe que, en el fondo, no somos todos otra cosa que chícharos en el mismo cocido. Si consciente o inconscientemente se dejara llevar por tales tentaciones de sobrevaloración –emparentadas, en definitiva, con la soberbia, pecado capital-, se alzaría con una suerte de “magisterio paralelo” que no tiene lugar en la Iglesia Católica.

10. Para que un intelectual católico llegue a tener un influjo saludable y fecundante en la Iglesia, sus opiniones y criterios deben radicar no sólo en su sabiduría, sino también en la ejemplaridad de su vida. Sabiduría y santidad, reunidas en una persona, pueden llegar a ser el argumento más convincente. Si no para la contemporaneidad de la opinión del intelectual, quizás para otro momento. “Por detrás de las palabras, debe haber siempre un corazón entero y limpio”, escribió en una ocasión nuestro José Martí. Añado, y es el sentido de este párrafo, que no sólo un corazón, sino también lo que un buen corazón engendra: una vida igualmente entera y limpia que, en el intelectual católico, en Cuba y en el universo mundo, interioriza y vive su adhesión a la Iglesia y al pueblo del que forma parte. También con el corazón entero y limpio.

11. Presento a continuación algunos casos de sacerdotes intelectuales, en diversas ramas del saber, y de diversa nacionalidad, cuyo pensamiento en algún momento de su vida y/o después de su muerte, fue censurado por las autoridades eclesiásticas. Fueron todos sacerdotes ejemplares. Acataron las disposiciones eclesiásticas con humildad y lealtad. Con posterioridad, en algún momento -en el momento en que lo dispuso la Providencia de Dios, sobre Su Iglesia y sobre el Mundo-, se borraron las censuras, y las obras que nos dejaron, académicamente discutibles -como toda obra humana-, han rendido los frutos que ellos desearon. Los intercambios y discusiones fraternas suelen esclarecer. No dejo de pensar que los sacrificios que se impusieron a estos hombres buenos, y que ellos asumieron, tuvieron un valor de fecundidad sobreañadido en el seno de la comunidad eclesial y en el mundo. Amén de que las disposiciones condenatorias asumidas contribuyeron a que los nombres de estos hombres y sus obras fueran mejor recordados. Cuando llegó el tiempo de la publicación autorizada, el interés resultó multiplicado, sobre todo entre los que ya sabían y recordaban.

12. Traigamos a la memoria, en primer lugar, el caso del **Beato Antonio Rosmini Serbiati, sacerdote** (italia-

no, 1797-1855), a quien mucho admiro. Sacerdote piadoso, muy solicitado predicador de Ejercicios Espirituales, trabajador incansable y sereno, sin fatigas paralizantes, en favor de la Iglesia en Italia, fundador de los Padres del Instituto de Caridad (1828), más conocidos como “padres rosminianos”, y de una rama femenina, que apenas conozco. Fue uno de los intelectuales católicos más destacados en la primera mitad del siglo XIX en Italia. Época, lo sabemos, sumamente inestable y difícil para la Iglesia en Italia. No es éste el lugar para entrar en muchos detalles, pero básteme recordar que Rosmini logró articular un sistema filosófico-teológico en el que trata de conciliar las posiciones antitéticas del empirismo y del idealismo, situándose, de manera muy personal en la corriente que conocemos como ontologismo. Buscó un cierto apoyo filosófico en Nicolás de Malebranche (1638- 1715), sobre todo en su obra *Recherche de la Verité*, y teológico en san Agustín. Los textos trinitarios de Rosmini dejan ver la influencia del *De Trinitate*, de san Agustín.

13. Las obras de Rosmini que suscitaron las mayores polémicas fueron *La renovación de la Filosofía en Italia* (1836) y *Las Cinco Llagas de la Santa Iglesia* (1848). La palabra *piaghe*, que prefiero traducir como “llagas”, es traducida en algunas ocasiones como “plagas”, que no creo sea el sentido genuinamente rosminiano. Entre los opositores más encarnizados de Rosmini se encontraban algunos teólogos, notorios en la época y prácticamente olvidados hoy, de la Compañía de Jesús. Rosmini fue objeto de recias prohibiciones y su libro *Las Llagas...* fue incluido en el Índice. El padre Rosmini acató todas las prohibiciones con ejemplar y ejemplarizante humildad. Durante los últimos años de su vida se dedicó casi totalmente al gobierno de la rama femenina del Instituto de Caridad. En tiempos de León XIII, por Decreto del Santo Oficio de 14 de Diciembre de 1887, fueron condenadas 40 proposiciones de Rosmini (Denz. 1891-1930).

14. Nos resulta evidente hoy que la obra filosófico-teológica de Rosmini es académicamente discutible en el marco de la reflexión filosófico-teológica de nuestros días, pero no se perciben en ella quiebras reales con relación a la Fe. El libro *Las Llagas...* fue sacado del Índice, si mal no recuerdo, en tiempos de Pablo VI. Se multiplicaron las ediciones del mismo en todos los idiomas y ha sido considerado como una suerte de anticipación a los postulados del Beato Juan XXIII, cuando convocó (1959) y animó la Primera Sesión del Concilio Ecueménico Vaticano II (1962).



15. En la misma línea de los “percances” sufridos por el padre Rosmini en el siglo XIX, y con la misma reacción humilde, podríamos colocar: al escriturista oratoriano francés **Richard Simon** (1638-1712), a caballo entre el siglo XVII y el XVIII, entre el barroco y la Ilustración, iniciador de los estudios bíblicos con sentido contemporáneo; al también biblista, el dominico francés **Albert Lagrange, op** (1855-1938), ya en el siglo XX, y al grupo de teólogos, fundamentalmente franceses, agrupados por los comentaristas como los creadores de la *nouvelle Théologie*: los sacerdotes **Ives Congar, De Lubac, Chenu**, etc. Tanto Simon en el siglo XVII, como Rosmini en el XVIII y Lagrange y los últimos citados, en el siglo XX, fueron “golpeados” por duras prohibiciones. A algunos se les negó no sólo la posibilidad de publicar, sino también la de la enseñanza y la de la investigación. En casi todos estos casos más recientes, también se les alejó de los lugares en los que vivían y eran conocidos, penándolos con una suerte de exilio eclesiástico que les resultó muy duro y difícil. Doy fe personal de ello, pues conocí a algunos. Reivindicados en tiempos del Pontificado del Beato Juan XXIII, muchos fueron peritos conciliares (Concilio Vaticano II) y, tanto Congar como De Lubac, llegaron a recibir la dignidad cardenalicia.

16. Sumemos en nuestra lista al padre **Pierre Teilhard de Chardin, sj**, científico, “pensador” en el ámbito de la Filosofía y la Teología no sistemáticas, y autor espiritual. Había sido enviado a China, para distanciarlo de los centros culturales de Francia. La Providencia divina permitió que allí realizara descubrimientos de restos humanos –identificados hoy como del “sinántropo”– que le permitieran, según su criterio, comprobar algunos pasos de la teoría de la evolución de las especies. No se le incluyó en el Índice gracias a la gestión ante Pío XII de la última Reina de Italia, la Princesa belga Marie-Joseph, mujer sumamente culta que conocía y sentía admiración por el científico y pensador de la Compañía de Jesús, y encabezó posteriormente el patronato consagrado a la edición de sus obras inéditas. La Providencia paterna de Dios permitió que las autoridades chinas, después de la toma del poder por Mao, expulsaran del país a los sacerdotes extranjeros. Fue destinado a New York, en donde murió, también providencialmente, de manera repentina, en el Domingo de Pascua de 1955, inmediatamente después de haber participado en la Misa Pascual en la Catedral de San Patricio. La Pascua era para Teilhard, como debe serlo para todos los cristianos, la fiesta de las fiestas. Hoy Teilhard es un autor publicado, leído y, por supuesto, también académicamente muy discutido.

15. Paso a Cuba. En los primigenios tiempos coloniales, no se puede hablar todavía de nación o cultura cubana, separadas o distintas de España. Los ejemplos de intelectuales americanos entre el siglo XVI y el XVIII, son en realidad intelectuales españoles de ultramar, nacidos o no en la Península, con asomos progresivos de criollismo. En esa época, en nuestro territorio insular,

no abundaron los intelectuales, pero hubo algunos, sobre todo sacerdotes, que fueron y son respetados. Los laicos intelectuales de mucho valor deben haber sido más escasos, en una colonia, como era el caso de Cuba, en la que no se habían desarrollado las instituciones intelectuales necesarias para promover hombres y mujeres de ingenio despierto. De esa pri-

Dr. Carlos J. Finlay.



mera etapa, anoto, en primer lugar, a **Fr. Bartolomé de las Casas, op** (1474-1516), sevillano, que llegó a Cuba como colonizador y encomendero. Después de su “conversión”, dejó las “encomiendas” y tomó el camino de la vida sacerdotal, en la orden de Santo Domingo. Recibió su formación intelectual, primero, en Santo Domingo, y luego, en España y en Roma. Llegó a adquirir una sólida cultura, en materias que hoy, más que como teología a secas, calificaría como “antropología teológica”. Supo y pudo integrar su vocación sacerdotal y religiosa, con sus conocimientos, con los diálogos y disputas –de carácter filosófico- teológico-académico y jurídico– acerca de la condición de los indios americanos, con su acción sociopolítica a favor de esa misma población aborigen de América y, excepcionalmente, durante pocos años, con el ministerio episcopal.

16. Mientras no dispongamos de una demostración

contundente en sentido contrario, sigo apostando por la autenticidad –al menos sustancial– del extenso poema *Espejo de Paciencia*, de **Silvestre de Balboa Troya y Quesada**. Español de nacimiento –casi seguramente de las Islas Canarias–, se educó en Camagüey, en donde falleció en 1620. En 1608 escribió el poema citado como recuerdo laudatorio de los hechos que condujeron al rescate del obispo Fray Juan de las Cabezas y Altamirano, capturado por el pirata Gilberto Girón. La obra tiene un valor literario no excepcional en cuanto a las formas, pero sí lo tiene –y sobreabundante– para iluminar muchos hechos de la época, mostrarnos el modo de hablar de las distintas categorías sociales que participaron en los hechos narrados, los nombres y características de algunas personas protagonistas –como es el caso de “Salvador Golomón, negro valiente”– y de otros como el propio obispo Cabezas. Corroboración del poema la existencia enriquecedora –y, en casos, necesaria para la supervivencia de los colonos– del “comercio de rescate”, o comercio clandestino y costero, en el que los piratas eran los vendedores y compradores y los moradores de las zonas costeras eran los clientes compradores y vendedores (complementariedad evidente en el intercambio comercial), al margen de los canales oficiales de tráfico de mercancías. Hemos podido conocer esta obra gracias al obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, que incluyó el texto en su obra *Visita Eclesiástica*, fuente irrenunciable para el conocimiento de Cuba en el siglo XVIII.

17. Ya en el siglo XVIII, incluiría entre los intelectuales al más notable músico cubano de la época, el **padre Esteban Salas** (1725–1803). Nacido en La Habana, se desempeñó como sacerdote en Santiago de Cuba, desde 1764 hasta su muerte. Allí fue Profesor de Teología Moral –ministerio que no se suele mencionar cuando se habla de él– en el Seminario San Basilio Magno, el más importante centro cultural de la ciudad, y Maestro de Capilla de la Catedral. Para ella compuso una gran cantidad de buena música religiosa, tanto “culto”, para la liturgia y las paraliturgias, como “popular” (villancicos). Es un caso excepcional que un hombre que nunca viajó fuera

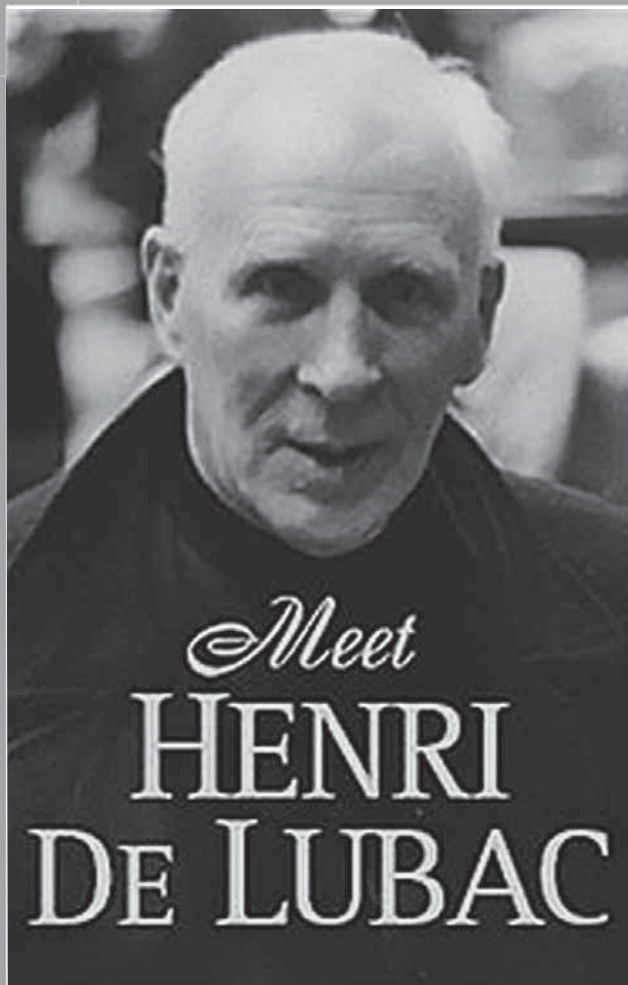


Pierre Teilhard de Chardin S.J.

de nuestra Isla, tuviese los conocimientos musicales que su obra muestra. Era un compositor “al día”, pues si bien sus obras populares están a tono con las tonadas populares de la época, en España, en Cuba y en el resto de América –en cada zona cultural con sus singularidades–, en las obras litúrgicas “cultas” (Misas, pasiones, motetes, etc.) insinúa una influencia de su contemporáneo austriaco Franz Joseph Haydn (1732–1809). Algunos musicólogos se refieren también a un cierto aire mozartiano en las obras de Salas (Wolfgang Amadeus Mozart, 1756–1791, también austriaco), pero otros prefieren permanecer en Haydn. ¿Sintonía epocal? ¿Partituras de Haydn llegadas a Cuba, prácticamente, en la inmediatez de sus ediciones austriacas? ¿Alguien conoció la música de Haydn en Europa y, posteriormente, la interpretó en Cuba? ¿Llegarían las partituras y/o los intérpretes de Haydn a Santiago por las rutas de Haití, lo cual equivale a decir “con la mediación de Francia y su cultura musical”? Sabemos, por una parte, que la vida musical en Port-au-Prince, en el siglo XVIII, ya era muy activa; por otra, que Port-au-Prince y Santiago de Cuba tenían estrechas relaciones. Las posibilidades de relación, sea por sintonía epocal, sea por influencia directa, son muchas, porque es cierto que, aún en vida de Haydn, su música se interpretaba en toda Europa, no sólo en Austria.

18. Sea lo que fuere acerca de si existió o no una influencia directa de Haydn o de Mozart sobre el padre Salas, lo cierto es que las obras de este último están hoy a la mano y nos muestran a un compositor, con las originalidades propias de todo compositor respetable, pero también con un fino discernimiento acerca de lo que realmente vale. Bastaría este juicio de valor acerca de la música de su tiempo, para categorizarlo como un compositor “intelectual”. Creo que todos los compositores realmente buenos lo son. Pero, además, subrayo el recuerdo de su condición de Profesor de Teología Moral en San Basilio Magno. Un clérigo patán de clerigalla ni sería profesor de San Basilio, ni Maestro de Capilla de la Catedral de Santiago. Amén de que los textos en castellano de su música popular nos pueden llevar a pensar en un hombre ilustrado, capaz de poetizar, a nivel del pueblo más sencillo, los misterios fundamentales de nuestra Fe. Y eso también revela un cierto nivel de “intelectualidad”. De él dice la investigadora Zoila Lapique: “...desde su arribo a Santiago de Cuba se entregó por entero a su ciudad adoptiva, donde falleció ya anciano en 1803, dejando afectos y una extensa obra que incluye desde misas, antifonas, motetes y pasiones en lengua latina, hasta villancicos en castellano, de hermosas letras” (cf. *Cuba Colonial. Música, compositores e intérpretes*, 1570–1902, nota no.7, en el No.72, Ediciones Boloña, La Habana 2007).

19. Desde fines del siglo XVIII y, sobre todo desde los inicios del siglo XIX, había colegios mantenidos



por órdenes religiosas en las ciudades más importantes de la Isla: dominicos, franciscanos, agustinos y hasta la expulsión por parte de Carlos III, también jesuitas. Se destacaron, me atrevo a decir que sobre los demás intelectuales del patio, los frailes dominicos de la **Pontificia Universidad San Gerónimo de La Habana**, tanto en el ámbito de la Filosofía, del Derecho y de la Teología, cuanto en el de las ciencias. Los profesores de nuestra primera universidad eran, en su mayoría, frailes nacidos en la Isla, pero los hubo también de otras regiones; sobre todo, obviamente, de España. Fruto de esa dedicación dominica fue el investigador y médico habanero **doctor Tomás Romay** (1769-1849). Se había iniciado en la Universidad como estudiante de Derecho, pero luego se deslizó hacia la Medicina y la Filosofía, obteniendo el Doctorado en ambas disciplinas. Obtuvo por oposición las cátedras de Texto Aristotélico y de Medicina, que desempeñó durante varios años; cofundador del *Papel Periódico*, miembro de la Sociedad Patriótica de Amigos del País, médico del Hospital de Dementes y del Hospital General, así como de la Casa de Beneficencia, desde 1792, en la que ejerció gratuitamente durante diez años.

20. Del libro *Cuba en la mano*, edición de 1940, tomo la siguiente cita: "Considerada la época en que vivió y

que vino a reformar, no se comprende cómo pudo este hombre extraordinario, a la vez literato y poeta, gran escritor, profundo publicista, consumado economista, orador concienzudo, funcionario discreto, sobresalía en cada una de esas ramas, lo suficiente como para ser una notabilidad." Sin olvidar que ejercía y enseñaba la Medicina, que era su ocupación principal. Sus obras principales fueron *Memoria sobre la fiebre amarilla* (1798, traducida inmediatamente a varias lenguas), *Memorias sobre cementerio fuera de poblado* (1802). En 1804 realiza la más importante de sus hazañas científicas, la aplicación de la vacuna contra la viruela, acción en la que estuvo secundado y apoyado por el círculo de amigos del **obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa**, vasco de nacimiento, pero residente en Cuba, como clérigo sumamente "aplatanado"; hombre culto e impulsor de cultura, literaria, filosófica y técnica.

21. Hasta donde llegan mis informaciones, nunca antes habíamos tenido en Cuba un laico católico de semejante peso en distintos ámbitos de la actividad intelectual, y en plena concertación con las autoridades académicas y pastorales de la Iglesia en La Habana. Pero hay más. Fue hombre espiritual, notoriamente piadoso, adscrito a la corriente intelectual y espiritual que emanaba de la Universidad San Gerónimo y del Colegio Seminario San Carlos y San Ambrosio, la propia de la Ilustración Católica, muy presente entonces en Cuba. El clérigo español **Tomás Gutiérrez Piñeres**, intelectual también él, pero de muy malas pulgas, atacó a Romay furibundamente. Y tuvo colaboradores que llegaron a promover tales tumultos en torno a la casa de Romay, que provocaron la muerte de su esposa.

22. ¿Quién fue este clérigo **Tomás Gutiérrez Piñeres**? Había nacido en Castilla, y murió en La Habana, como sacerdote, el 15 de abril de 1828. En 1798 había sido cura párroco de Jaruco y Fiscal del Tribunal Eclesiástico de La Habana. Era Doctor en Teología, escritor y polemista consumado, combativo contra todas las banderas. ¡Pero intelectual no imitable! En torno a 1811 volvió a su tierra. Estuvo recluso en un convento por sentencia de difamación. Luego, cuando quiso volver a La Habana, las autoridades españolas, las de España, no se lo permitieron en primera instancia, pero lo logró finalmente. ¿Saben quién le sirvió de intercesor ante las autoridades, de Cuba, las que tampoco le concedían los debidos permisos porque consideraban su presencia aquí como irreconciliable con el orden público? Pues fue el buenazo del doctor Romay, uno de los que había sido más vilipendiado y perjudicado por el padre Gutiérrez Piñeres y su grupo. ¡Santo y bueno fue, en verdad, nuestro doctor Romay!

23. En los mismos inicios del siglo XIX, no podemos dejar de situar al **Venerable padre Félix Varela y Morales** (La Habana 1788-San Agustín de la Florida 1853), verdadero padre de la cultura cubana por medio de su

testimonio personal de santidad a lo largo de su vida; y del magisterio ejercido desde sus aulas en el Seminario San Carlos y San Ambrosio y desde diversas tribunas y púlpitos habaneros, así como de las publicaciones de la ciudad; después, en las tribunas de las Cortes en Madrid y Cádiz; en Philadelphia por breve tiempo y durante 30 años en New York, hasta que el frío neoyorquino y sus pulmones débiles lo empujan a San Agustín, en donde muere el 15 de febrero de 1853. Mucho se ha escrito y mucho he escrito yo mismo sobre el padre Félix Varela. A esta copiosa bibliografía no me refiero ahora. Básteme decir que sus obras pedagógicas, las disputas políticas en Madrid y el ministerio como Vicario Arquidiocesano, Perito de los Concilios de Baltimore y Párroco en los Estados Unidos, justifican la admiración que, más que ésto, es veneración. Estimo que, si bien todas sus obras tienen algo que enseñarnos, aún aquellas más circunstanciales y las condicionadas por el pensamiento epocal, el mejor legado del Padre son sus *Cartas a Elpidio*.

24. Podría recorrer el siglo XIX y encontraría en él un número mayor de autores considerado por sobradas razones como intelectuales válidos en muchos órdenes, aunque algunos de ellos, aún si se consideran como católicos, lo son más bien de la periferia. Católicos de esta estirpe fueron casi todos **los integrantes del círculo de Domingo del Monte**, los hombres que apoyados en el criollismo surgido ya a fines del siglo XVIII, llegaron a pensar, descubrir y, quizás, “descubrir” o “crear” a Cuba como Nación. De esos círculos, de la formación en San Carlos y en San Gerónimo, y de viajes a Estados Unidos y a Europa, nació la Guerra de 1868, la de Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo, católico también él, aunque su Obispo de juventud, san Antonio María Claret, sentía por él una cierta ojeriza, que incluía también a un grupo relativamente amplio de jóvenes de la zona de Bayamo y Manzanillo; intelectuales, bien educados, provenientes de familias “antiguas” y económicamente muy bien situados, pero... de pensamiento liberal y miembros, casi todos, de logias masónicas del lugar, lo que no les impedía continuar su existencia como católicos. Evidentemente, eran antiesclavistas y, casi todos, reformistas, primero, y autonomistas o independentistas después.

25. De ese grupo de Bayamo y Manzanillo, los dos más valiosos intelectualmente -cada uno en su camino- fueron a mi entender, **José Antonio Saco** y **Carlos Manuel de Céspedes**. Hijos espirituales, ambos, del padre José Agustín Caballero; Saco, además, del padre Varela, con quien -hasta donde llegan nuestras informaciones contemporá-

neas- De Céspedes nunca se cruzó. Sin embargo, siendo -como eran ambos hombres- muy avispados y de pupila insomne para todo lo relacionado con Cuba, se puede sospechar que supieron uno del otro, aún en vida los dos. De Céspedes, primero en Europa y luego en Bayamo, no puede no haber oído, al menos, acerca del Presbítero; éste, si no de otro modo, al menos por Saco y por Luz tiene que haber sabido acerca del primero.

26. De estos intelectuales de la primera mitad del siglo XIX, que fueron, casi todos, también políticos y, al menos algunos, fueron también hombres de acción violenta revolucionaria, quisiera destacar una nota de su dimensión intelectual de la que no se habla mucho y que, probablemente, hasta se minusvalora. Me refiero a su **cultura clásica**, adquirida y cultivada no sólo para cumplir una formalidad académica de la época, sino por la valoración positiva de la misma. Carlos Manuel de Céspedes tenía en alta estima, junto a sus estudios jurídicos y literarios, el conocimiento de las lenguas que permiten el acceso directo a las diversas culturas. Además de su propio idioma, el español, que supo paladear y servirse de él con óptimo gusto, hablaba y escribía francés, inglés, italiano y alemán, entre las lenguas modernas, y conservó siempre su gusto por el latín y el griego, que había aprendido de joven y adolescente en centros de estudio en Bayamo, probablemente, en el Colegio de los Padre Franciscanos y en el de los Padres Dominicos de su ciudad de origen. Ya adulto, tradujo y publicó parte de *La Eneida*, de Virgilio. Lo cual no sólo nos revela su conocimiento del latín, y con él de la cultura clásica, sino también su aprecio por los valores humanos que en esa

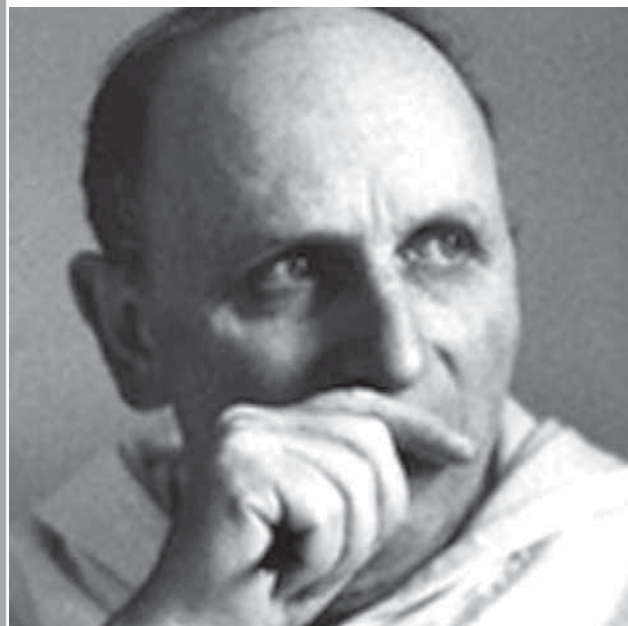
cultura se pueden gustar e interiorizar, “oportunidad” que un intelectual -católico o no- no debería dejar de lado. Una obra tan personal e íntima como es el llamado *Diario perdido*, está lleno de citas latinas, escritas en aquel bohío de San Lorenzo, en el que terminó sus días.

27. Los intelectuales católicos de diversos caminos y de valía desigual, nunca nos han faltado. Desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando ya mencionar a Cuba era algo más que recordar el nombre de una Isla noble, siempre ha habido entre nosotros un buen racimo de hombres y mujeres católicos, cultivadores de distintas disciplinas intelectuales, en mayor o menor grado. No es éste el lugar apto para mencionar a todos; amén de que siempre alguno se nos deslizaría fuera de la lista. Me atrevo a afirmar que la mayoría de ellos fueron hombres y mujeres de Fe personal y de Iglesia. Me voy a limitar en este texto, que

**... el intelectual
católico en Cuba
hoy, está dispuesto
a poner la mano en
el arado, con otros,
con todos,
intelectuales o no,
católicos o no,
compartan otras
convicciones o no.**

ya se me hace demasiado extenso, a recordar, primero, a un científico: **Carlos J. Finlay de Barrés** (Camagüey, 3 de diciembre de 1833-La Habana, 20 de agosto de 1915). Cursó estudios, desde muy joven, no sólo en Camagüey, sino también en París, Londres, Maguncia y Philadelphia, en cuyo Jefferson Medical College obtuvo el Doctorado en Medicina el 10 de marzo de 1855. Participó en la importante, en la época, Conferencia Internacional Sanitaria, en Washington, en 1881. En su ponencia en la misma, expresó, probablemente, por vez primera, que la fiebre amarilla se transmitía por un agente intermedio. Luego, tanto el ejercicio de la Medicina en Matanzas y en La Habana, como su participación, como médico, en la etapa final de la Guerra Hispano-Cubana-Norteamericana, y los “hechos” epidémicos en la construcción laboriosa del canal de Panamá (1881-1914), le permitieron concluir sus investigaciones y ahorrar muchas vidas humanas en la última etapa, norteamericana, de la construcción del Canal.

28. Me parece que no debe ser consecuencia de un puro azar, sino que hay razones más hondas, en el hecho de que los dos médicos cubanos más eminentes del siglo XIX hayan sido hombres profundamente católicos. Quizás más “liberal” **Romay**, más “conservador” **Finlay**, pero ambos hombres del seno profundo de la Iglesia, no de su periferia, ni de espacios tangenciales; hombres de vida sacramental y de devociones cotidianas. Es ya un lugar común recordar que el propio Finlay contaba que, cuando ya estaba por renunciar a la prosecución de sus investigaciones acerca de la causa de la fiebre amarilla, una tarde, mientras rezaba el Rosario (lo que hacía diariamente), le asaltó el pensamiento de que podría ser el mosquito. Lo resto es historia conocida. No lo es tanto el hecho de que Finlay murió sin dejar de pensar que su hallazgo científico era fruto de la intercesión de la Virgen María.



Padre Jean-Ives Congar

29. En el siglo XX es amplio el número de católicos profesionales con títulos universitarios, que han participado en la vida normal de la Iglesia. Esta se recuperaba con dificultad, pero en un tiempo relativamente breve, de su laborioso tránsito del régimen colonial a la República, pasando por la Intervención Norteamericana. Empero, no es demasiado amplio el número de católicos socialmente reconocidos como católicos y como intelectuales con peso social. En el conocido grupo *Orígenes* el tono era católico; sus fundadores, José Lezama Lima y el padre Ángel Gaztelu Gorriti, y unos cuantos colaboradores asiduos, eran católicos, como Mariano Brull, Emilio Ballagas, Eugenio Florit, Eliseo Diego, Cintio Vitier y Fina García Marruz. Estos dos últimos son esposos, viven y, aunque el grupo *Orígenes* ya es historia, ellos continúan actuando en la vida cultural y son sumamente respetados.

30. En otros grupos culturales del siglo XX hubo católicos, pero no fueron ellos los que imprimieron la atmósfera propia a esos grupos. No quiero dejar en el teclado de la computadora los nombres de tres intelectuales católicos, de diversa dedicación, que mucho he apreciado y ya no nos acompañan. Pienso en **don José María Chacón y Calvo**, el último Conde de Casa Bayona, diplomático, Presidente de la Academia Cubana de la Lengua, historiador, periodista y promotor cultural, autor de varias obras en prosa y colaborador de un sinfín de periódicos y revistas. Fue un católico de conciencia exquisita, espíritu franciscano, vida austera, relaciones humanas incontables en Cuba y fuera de Cuba, corazón abierto y mano tendida a personas de las más diversas ideologías. Por la excelencia de su obra, su compromiso democrático evidente y la santidad patente de su vida, creo que puede ser catalogado como uno de los intelectuales católicos laicos más notables de nuestra Historia republicana.

31. Junto a él, **doña Dulce María Loynaz, Vda. de Álvarez de Cañas**, poetisa y prosista de superior calidad, Presidenta de la Academia Cubana de la Lengua y Premio Cervantes de Literatura. También ella, católica, conocida y valorada como tal. De vida más bien discreta y recogida después de su viudez, su obra no ha dejado de tener un fuerte influjo en las formas y en la “espiritualidad” de algunos cubanos contemporáneos muy significativos.

32. De la familia Piñera, muchos de cuyos miembros fueron hombres notables en el ámbito de la cultura en el siglo XX, como intelectual católico retengo a **Humberto Piñera**, filósofo. Pescó en muchas aguas del razonamiento humano, transitó por el neoescolasticismo, con influencias de Maritain, y por el existencialismo católico de Gabriel Marcel. Fue Presidente de la Sociedad Cubana de Filosofía y, después de su instalación en los Estados Unidos de Norteamérica, en los inicios de la década de los 60, ocupó cátedras en diversas universidades de renombre y llegó a ser Presidente de la Unión Internacional de Filosofía. Como la mayor parte de su vida adulta la pasó en

el extranjero, resulta poco conocido entre nosotros. Doy fe personal, sin embargo, de su atención para con los que éramos muy jóvenes -cuando ya él tenía un nombre-, para ayudarnos en el desarrollo intelectual. Además, cultivó una rama del entendimiento, la Filosofía, que no era la más apreciada en el siglo XX en Cuba. Otro filósofo, católico por conversión en la madurez, fue el profesor **Rafael García Bárcena**, que en una etapa de su vida transitó por la vida política, tomando posturas muy definidas contra el gobierno de Fulgencio Batista, posterior al golpe de Estado de 1952.

33. Los polígrafos **Jorge Mañach** y **Fernando Ortiz** fueron católicos en su niñez y primera juventud; en la madurez se separaron de la Iglesia, aunque fueron respetuosos para con la misma y conservaron relaciones fecundas con muchos católicos. En los últimos años de su vida, en San Juan (Puerto Rico), Mañach se reincorporó a la vida sacramental eclesial, con el puente tendido por el sacerdote cubano monseñor Emelio Valdés, radicado entonces en la Universidad Católica de Ponce, que había sido alumno suyo en La Habana. Don Fernando, hasta donde yo sé, ya enfermo, recibió los últimos sacramentos de la Iglesia de manos de monseñor Ángel Gaztelu, que había sido siempre su amigo y lo acompañó, a él y a su familia, en la hora de la muerte.

CONCLUSIONES

34. El pluralismo es una de las notas ineludibles de la existencia intelectual. Pluralismo en cuanto al ámbito en el que se vive la vocación intelectual, y pluralismo en cuanto a las convicciones religiosas, filosóficas, culturales, políticas, etc. de los intelectuales. Estas mismas dos formas de pluralismo, de variedad, permanecen vigentes dentro de los que consideramos intelectuales católicos, aún en Cuba, en la que el número de intelectuales de peso, identificados como católicos, en los años recientes, no es muy elevado.

35. Sin embargo, me parece que la Iglesia Católica, a pesar de la fragilidad de su número y de su influencia social directa, ha ido logrando, poco a poco, un mayor peso en nuestro tejido social. No encontramos hoy, en él, ventoleras anticlericales propias de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Las dificultades de los intelectuales católicos para hacer oír su voz y adquirir una visibilidad pública, dentro de la sociedad socialista cubana actual, han ido adquiriendo, otro color. ¿Por qué? Me atrevo a afirmar que las causas pueden ser múltiples, pero **la primera, a mis ojos, es que el intelectual católico, quizás por el hecho mismo de encontrarse en un campo que a priori no le resultaba favorable o propicio, se ha afincado, con constancia y tesón, en la Verdad, que es el servicio fundamental que Dios y Su Iglesia piden a los intelectuales, a todos los intelectuales.** La Verdad acerca de Dios, del Hombre y del Mundo ha sido, conscientemente, el cimiento de la actividad intelectual de los

católicos cubanos en los últimos decenios. Verdad proclamada, casi siempre con discreción y humildad, pero sin traición ni simulaciones. Verdad no sólo dicha, sino y sobre todo vivida con el estilo de Jesús, hecho de un tejido humano en el que se imbrican inextricablemente la mansedumbre, la encarnación en nuestra tierra y en nuestra cultura, la renuncia a las ambiciones vacías, la caridad fraterna sobre todo para con los más necesitados, la voluntad de presencia, la humildad, el desasimiento, la esperanza, la mano tendida, la vocación por el diálogo y la escucha del otro, el rechazo a la violencia, la valoración generosa del bien dondequiera que sean descubiertos...

36. ¿Permanecen, de manera sostenida, todos los católicos o todos los intelectuales católicos en la vivencia sostenida de esto que he llamado "el estilo de Jesús"? Sin duda que no: no todos, no en el mismo grado y no siempre. Pero los que han vivido en el esfuerzo por alcanzarlo, mantenerlo y recuperarlo cuando lo han perdido, han dado la tónica, han conferido la atmósfera requerida. Me parece que, gracias a Dios y a nuestra Santa Madre de la Caridad, la violencia -la física y la de lenguaje-, el desamor, la arrogancia infatuada... - o sea, los hijos de la Mentira, de la entitativa y de la existencial-, no han sido las realidades que han coloreado el mundo intelectual católico.

37. Además, el intelectual católico en Cuba hoy, está dispuesto a poner la mano en el arado, con otros, con todos, intelectuales o no -sin elitismos ridículos de talco, perfume y peluca-, católicos o no, compartan otras convicciones o no. Sonríe ahora el buen viejo José María Chacón cuando lee estas líneas. Y me hace un guiño aprobatorio. Él sabe, sabe muy bien, desde el fondo y el trasfondo de su bondad y de su cubanía democrática, que sólo así se construye la Casa Cuba, esa casa en la que todos los cubanos podamos sentirnos bien; se siembra y fortalece el Árbol Cuba, ese árbol capaz de ofrecer sombra refrescante a todos los cubanos; se fabrica la enorme Nave Cuba y se calafatean una y otra vez las grietas que inevitablemente aparecen, para que en ella, en esa nave y en ninguna otra, quepamos todos y naveguemos todos a buen puerto. La alternativa que no escogemos, que no podemos escoger, es la de desaparecer todos, la de perder nuestra Verdad.

38. Porque la cosa es así: en estas cuestiones, o nos empadronamos todos en la misma Casa, o nos guarnecemos todos bajo el mismo Árbol, o navegamos todos en la misma Nave. O perecemos todos cuando soplan los vientos huracanados, o nos achicharramos fritos en el mismo aceite bajo soles abrasadores, o nos hundimos en el más fangoso de los fondos. Dentro de la misma Casa, bajo el mismo Árbol y surcando mares en la misma Nave, ya tendremos tiempo y medios para arreglar nuestras cuentas y aclararnos entre nosotros mismos. Siempre con nostalgia de futuridad, no con mirada agónica al pasado.